

## LECCIÓN XVII

### ANTECEDENTES CONSTITUCIONALES DE FRANCIA II

SUMARIO: 1. *División de la Galia a la muerte de Chilperico, Austrasia, Neustria, Borgoña.* 2. *Rivalidad entre Austrasia y Neustria.* 3. *Nombramiento de los mayordomos del rey.* 4. *Privilegios hereditarios de los nobles.* 5. *Sínodo de París.* 6. *Desarrollo de la autoridad de los mayordomos de palacio.* 7. *Victoria de Carlos Martell.* 8. *Advenimiento de Pipino el Breve.* 9. *Establecimiento de la dinastía de los carolingios.* 10. *Advenimiento de Carlomagno.* 11. *División de su Imperio.* 12. *Invasiones normandas.* 13. *Edicto de Mersen, Edicto de Kersy.* 14. *Advenimiento de Eudo.* 15. *Accesión al trono de Hugo Capeto.* 16. *Establecimiento del feudalismo.* 17. *Sus caracteres generales en Francia.* 18. *Los pares de Francia.* 19. *Condición general de la población.*

A la muerte de Chilperico, Galia fue dividida entre sus cuatro hijos: Teodorico, Lotario, Childeberto y Clodomiro. Pero pronto surgieron entre ellos las ambiciones, suscitando guerras terribles y crímenes monstruosos, hasta que Galia quedó otra vez bajo el cetro de Lotario, quien murió en 561, dejando cuatro hijos, que se dividieron sus estados. Como Cariberto vivió muy poco tiempo y sin dejar sucesión masculina, en realidad, la división se hizo entre los tres, siendo necesario advertir que la región situada entre el Rhin y el Loira fue dividida por una diagonal, llamándose Austrasia la parte que quedó al oriente y Neustria que quedó al poniente; en este sentido, Austrasia correspondió a Sigeberto; Neustria, a Chilperico, y Borgoña, a Gontrán. Los otros estados de Lotario fueron anexados a una u otra de esas tres partes principales, pero no nos interesa para nuestro estudio.

Esa división se hizo en 567 y, desde luego, surgió la rivalidad entre Austrasia y Neustria, que dio origen a las guerras sangrientas del tiempo de Brunilda y Fredegunda, cuyos detalles tampoco nos interesan. Lo único que encontramos importante para nosotros en esa época es que hasta ese entonces los reyes merovingios acostumbraban nombrar entre sus leudos a uno que llevaba el nombre de “mayordomo” y que se encargaba de los asuntos

domésticos del rey; sin embargo, cuando Brunilda y los nobles se disputaban la tutela de Childeberto II, hijo de Brunilda, los nobles eligieron ese mayordomo y añadieron a sus funciones la de presidirlos y la de vigilar al joven rey.

Por otra parte, los descendientes de Clodoveo habían usurpado gradualmente una autoridad despótica sobre sus compañeros de armas; no obstante, en esa época de luchas internas, esos nobles, enriquecidos con grandes propiedades territoriales que ya se habían hecho hereditarias, se prepararon a resistir la autoridad de los reyes, lo cual era relativamente fácil, pues muchos hombres libres se acogieron a los nobles para protegerse de las exacciones de los oficiales reales, y esta especie de patronato se apareció a pesar de las prohibiciones de los reyes. La Iglesia misma, que al principio había favorecido el desarrollo de la autoridad real, se cansó de un despotismo que ya no respetaba sus inmunidades y privilegios y los obispos se ligaron con los principales señores para sostener las pretensiones de Gondobaldo, hijo natural no reconocido de Lotario I, pero los esfuerzos unidos con Gontrán de Borgoña y de Childeberto II dominaron la insurrección.

Continuaron las guerras internas hasta que Lotario II logró reunir otra vez bajo su cetro todo el imperio de los francos, pero fue obligado por los nobles de Austrasia a compartir el gobierno con su hijo Dagoberto, quien, todavía en la juventud, quedó sujeto, como rey de Austrasia, a la tutela de Arnulfo, obispo de Metz.

El acontecimiento más importante de ese tiempo fue el Concilio o Sínodo de París en 647, que estuvo conformado por obispos y nobles, quienes formularon un edicto que trató de disminuir la autoridad de los reyes en favor de los nobles. Uno de los artículos de ese edicto establecía que los jueces y condes debían ser siempre nombrados entre los terratenientes de la región en la que habían de ejercer su jurisdicción; de este modo, los reyes tenían pocas personas entre quienes elegir, por lo que casi siempre correspondió al propietario más rico de cada región.

Lotario II fue sucedido por Dagoberto y, si alguna persona de la dinastía de los merovingios hubiera podido conservar a ésta en el trono, ese rey habría sido Dagoberto, quien hizo revisar y poner por escrito las leyes Sállica y Ripuaria, así como las de sus vasallos alemanes y bárbaros. Sin embargo, al final de su vida se entregó a la disipación y a la licencia, tal y como lo hicieron sus sucesores, que por su indolencia y vida licenciosa fueron llamados “reyes holgazanes”, y que prácticamente dejaron el gobierno en manos de los mayordomos de palacio, uno de los cuales, en Austrasia, fue Pepino de Landen, a quien le sucedió en ese cargo su hijo Grimaldo, que trató de hacer pasar el cetro a su propia familia, coronando como rey a un hijo suyo, pero los nobles se sublevaron y mataron tanto a Grimaldo como a su hijo.

Más tarde, a la muerte de Dagoberto II, Pipino de Heristal, nieto de Pepino de Landen, fue el jefe del partido de la aristocracia y, aunque reconoció como rey de Austrasia y Neustrasia de Teodorico, realmente fue Pipino el que gobernó como mayordomo de palacio durante los reinados del dicho Teodorico, Clodoveo III, Guildeberto III y Dagoberto III.

Pipino de Heristal tuvo dos hijos legítimos (Drogo y Grimaldo) y un hijo natural (Carlos). Drogo murió joven y Pepino invistió a Grimaldo con el cargo de mayordomo de Neustria, pero fue asesinado. Momentos antes de morir, Pipino, quien, encontrándose moribundo, se levantó de su lecho de muerte, logró matar a los autores materiales del asesinato y mandó a prisión a Carlos, de quien sospechaba complicidad en el crimen. Agotado por ese esfuerzo Pepino murió, dejando establecido como mayordomo de palacio a Teobaldo, hijo de Grimaldo, quien siendo aún niño, quedó bajo el cuidado de su abuela, lo que demuestra que ya se consideraba el cargo de mayordomo de palacio como un cargo público hereditario con una autoridad superior a la de los mismos reyes. Sin embargo, los nobles se sublevaron, Carlos logró salir de la prisión y, siendo rey de Austrasia Lotario IV, Carlos fue mayordomo de palacio en ese reino y más tarde también en Neustria a consecuencia de la victoria que obtuvo cerca de Cambray. De este modo gobernó Carlos como mayordomo en los reinados de Lotario IV, Guilderico II y Teodorico IV.

En esa época surgió para Galia un gran peligro, pues los mahometanos, que ya habían invadido Asia, África y España, trataron de invadir Galia, pero el duque Eudo, que estaba combatiendo contra los francos, viéndose amenazado por los mahometanos, prefirió someterse a aquellos y les pidió auxilio. Entonces Carlos reunió un ejército poderoso de Austrasia, Neustria y Alemania occidental y marchó contra los mahometanos, a quienes los derrotó completamente en las llanuras de Poitiers el 10 de octubre de 732 y, como se dijo que Carlos había martilleado a los árabes, fue llamado Carlos Martel.

Durante su gobierno como mayordomo de palacio Carlos intentó detener en Galia el poder y riqueza del clero y aun llegó a confiscar varias propiedades de la Iglesia para recompensar a sus guerreros; no se atrevió a asumir el título de rey, pero no nombró al sucesor de Teodorico IV, y al momento de su muerte dividió su autoridad entre sus tres hijos: Pepino el Breve, Carlomán y Grifo. Éste último fue despojado por sus hermanos, quienes se dividieron la autoridad, pero no se atrevieron a asumir el título de reyes porque no contaban con el prestigio de Carlos Martel. Más tarde Carlomán se retiró al convento del Monte Cansino y Pipino el Breve, en su carácter de mayordomo de palacio, quedó único dueño de la monarquía

de los francos; habiéndose ganado el favor del papa Zacarías mediante el ofrecimiento de defenderlo de los lombardos, obtuvo permiso para asumir el título de rey, siendo coronado en 752 y reconocido como rey de los francos en unos comicios reunidos en Soissons, estableciéndose así la dinastía de los carlovingios.

Así pues, durante la dinastía de los merovingios los señores que en un principio habían sido dominados por los reyes estaban tratando de imponerse, la Iglesia empezaba a intervenir en asuntos de la monarquía, y el clero francés era ya muy poderoso por su influencia y riqueza. Esas circunstancias determinaron luchas posteriores de las que surgieron las instituciones francesas propiamente tales, pues todavía en esa época el país no se llamaba Francia.

Naturalmente, el papado exigió que se le cumpliera la promesa de defenderlo de los lombardos, y el llamamiento a Pipino el Breve fue reiterado por Esteban II, sucesor del papa Zacarías. Pipino pasó a Italia y trató con mucho respeto al papa, quien consagró por segunda vez a Pipino y a sus hijos Carlos y Carlomán, siendo necesario advertir que en el sermón que pronunció con ese motivo exhortó a los francos para que nunca eligieran rey de otra familia que no fuera de la de Pipino, reforzando así la tendencia hereditaria, pues excomulgó a los que pretendieron elegir rey de otra familia. Pipino, por su parte, reunió un ejército poderoso y combatió con éxito a los lombardos, habiendo logrado anexar definitivamente a su monarquía Septimania y Aquitania y cediendo al papa el exarcado de Rávena, que había conquistado, siendo este el origen de los Estados pontificios. Pipino concedió también muchas larguezas y honores al clero y durante su reinado convocó frecuentemente a los comicios del reino para los cuales citaba siempre a los obispos, procurando interesarlos en sus empresas. Poco antes de morir él pidió consejo a los nobles respecto a la conveniencia de dividir sus estados entre sus dos hijos: Carlos y Carlomán. Como consecuencia, a su fallecimiento, la asamblea de nobles y obispos reconoció como rey a Carlos en el oeste y a Carlomán en el este; pero surgieron las ambiciones y, a la muerte de Carlomán, en 771, Carlos usurpó los dominios de su hermano en perjuicio de sus sobrinos. Toda la nación lo reconoció como rey de los francos, y con motivo de sus victorias fue apodado Grande o Magno, siendo conocido en la historia el nombre de Carlomagno.

No creemos necesario ocuparnos de las empresas guerreras de este monarca, pero sí debemos mencionar el hecho de que en 799 se formó una conspiración para derrocar al papa León III, quien huyó a Espoleto y solicitó la ayuda de Carlomagno, que pasó por última vez a Italia para responder a León en la Sede Pontificia. Así, el día de Navidad, encontrándose Carlo-

magno en la basílica de San Pedro, hincado y rezando, el papa se acercó a él y le colocó en la cabeza la corona imperial, por lo cual el pueblo lo aclamó con el nombre de Augusto, y desde ese momento se consideró a sí mismo como verdadero emperador de los romanos.

Las empresas guerreras de este monarca fueron muy importantes, pero su mérito principal consistió en su tarea legislativa y en su obra civilizadora, pues trató de establecer el orden donde solo había anarquía e ilustración donde existía toda esa ignorancia.

Le sucedió en el trono su hijo Luis el Piadoso, quien tuvo un reinado turbulento a causa de las sublevaciones de sus hijos; no tenía la energía necesaria para el puesto, aunque, por otra parte, fue de buena moral y continuó dando gran atención a la administración de justicia y a la ilustración del pueblo. A su muerte vinieron diez años de anarquía y de guerras entre sus tres hijos y su nieto hasta que en Verdún, en 843, se hizo un nuevo reparto del que surgieron tres reinos: Francia, Alemania e Italia, de los cuales le correspondió Francia a Carlos, apodado el Calvo.

En esa época comenzaron las incursiones de los piratas del norte, que habían sido llamados daneses en Inglaterra y que en Francia fueron conocidos como normandos. Estos devastaron gran parte del país y Carlos el Calvo encomendó la defensa de parte del territorio a Roberto el Fuerte, conde de París, a quien hizo también conde de Anjou. Este fue el fundador de la casa de los capetos, que habían de ser más tarde reyes de Francia.

En medio del abatimiento general solo el clero era rico y poderoso, y quien en realidad gobernaba a Francia era Hincmar, arzobispo de Reims, si bien aparentaba defender la autoridad de Carlos, pues era natural que el clero apoyara a los reyes que había coronado, aunque fuera para gobernar a su nombre, tanto en lo espiritual como en lo temporal.

En el año 847 los nobles arrancaron al débil Carlos el Edicto de Mersen, que autorizaba a cualquier hombre libre para elegir un señor, ya fuera el rey o alguno de sus vasallos, quienes no estarían obligados a seguir al rey en sus guerras a menos contra el extranjero. Treinta años más tarde los nobles obtuvieron del mismo rey un decreto expedido en Kersy, que establecía como legal que los hijos de los condes que murieran en una expedición que se estaba preparando contra Italia adquirieran por herencia los cargos oficiales de sus padres, lo cual era ya una costumbre, pero que no estaba reconocida por la ley. De esta manera comenzó el establecimiento del feudalismo en Francia y el desmembramiento del Imperio.

Luis II, llamado el Tartamudo, sucedió a Carlos el Calvo; luego vinieron Luis III y Carlomán, quienes reinaron simultáneamente (uno en el norte y otro en el sur), aunque durante esos reinados el duque Boso, cuñado de

Carlos el Calvo, se apoderó de Provenza y se hizo llamar rey. Como Luis y Carlomán no dejaron sucesión masculina el trono correspondió a Carlos, hijo póstumo de Luis el Tartamudo, aunque fue excluido del trono debido a que únicamente tenía cinco años, por lo que se le concedió al emperador Carlos el Gordo, hijo de Luis el Germánico, y como Carlos el Gordo, por herencia de sus dos hermanos, había recibido Alemania e Italia, parecía que otra vez volvía a reunirse el imperio de Carlomagno; sin embargo, solo fue emperador y rey de nombre, pues las invasiones de los normandos le impedían reinar verdaderamente. Esos normandos llegaron a sitiar París, en cuya defensa se distinguieron Eudo, conde de París, y su hermano Roberto, ambos hijos de Roberto el Fuerte. En cambio, Carlos el Gordo entró en negociaciones con los invasores y les permitió devastar sus provincias más ricas, causando así la indignación del pueblo, por lo cual una dieta reunida en 888 lo destronó, nombrando en su lugar como rey de lo que desde entonces se llama Francia a Eudo, conde de París, por ser aún muy joven Carlos, tercer hijo de Luis el Tartamudo, a quien posteriormente le cedió varias provincias.

A Eudo le sucedió Carlos III, llamado el Simple, a causa de su ineptitud. Durante su reinado el hecho más importante fue la cesión que hizo del territorio llamado después Normandía a un jefe normando llamado Rolo, que fue el primer duque de Normandía.

Posteriormente vinieron las luchas entre Roberto, hermano de Eudo, y Carlos el Simple, que fueron continuadas, a la muerte de Roberto, por Hugo el Grande, quien hizo confirmar la deposición de Carlos el Simple y que se concediera la corona real a Raúl o Rodolfo, duque de Borgoña, quien fue sucedido por Luis de Ultramar, que tuvo que sostener grandes luchas contra Hugo el Grande. Fue sucedido por Lotario, que sucesivamente fue amigo y enemigo de Hugo, el hijo de Hugo el Grande, y el cual fue llamado después Hugo Capeto. Le sucedió Luis V, último rey de la dinastía de los carlovingios, que solamente duró en el trono un año y a su muerte los obispos y los nobles eligieron a Hugo Capeto, ancestro de los posteriores reyes de Francia, quien fue consagrado en Noyon el 1o. de junio de 987.

La accesión de Hugo Capeto no solamente marcó el principio de una nueva dinastía, sino también la dominación de lo que se ha llamado sistema feudal, cuyas principales características conviene estudiar.

Bajo los merovingios los señores obtuvieron que se hiciera irrevocable y hereditaria la concesión de los beneficios; bajo los carlovingios, los reyes quitaron a los duques y condes los derechos reales de reunir tropas, administrar justicia, acuñar moneda, hacer la paz o la guerra y defenderse aun contra el rey. Desde el momento en que el Edicto de Kersy consideró legal

la transmisión hereditaria de los oficios, los duques y condes se sintieron poseedores de las provincias en las que su voluntad era ley; aunque *de facto* eran independientes de la corona, continuaban subordinados a ella por el juramento de fidelidad.

Esos señores distribuían de su propia voluntad diversos dominios entre los nobles, que los recibían después de rendirles homenaje y de prestarles juramento de fidelidad y los agraciados concedían, a su vez, con el mismo título, diversos beneficios a otros hombres libres. De esta manera el que daba un territorio en feudo se convertía en soberano del que lo recibía, que era llamado “vasallo”. Así quedó dividida la propiedad territorial en todo el reino de Francia, es decir, en una cadena de vasallaje que, abarcando tanto las provincias como los predios particulares, estableció un lazo de unión entre todas las partes del territorio.

Las principales obligaciones que contraía un vasallo eran, como lo vimos en Inglaterra al ocuparnos de la Carta Magna, tomar las armas por cierto número de días al año, reconocer la jurisdicción del soberano en cada expedición militar y pagar las ayudas feudales, o sea, una especie de impuesto, cuando había que rescatar al señor si lo hacían prisionero o para el matrimonio de su hija mayor o cuando era armado caballero su hijo mayor. Satisfechas estas condiciones el vasallo era independiente en su propia tierra y disfrutaba de los mismos derechos y tenía las mismas obligaciones para con sus propios vasallos.

Se aceptaba generalmente el principio de que ningún hombre podía ser juzgado sino por sus propios pares o iguales, o sea, por vasallos del mismo rango. Los grandes pares de la corona eran los duques de Normandía, de Aquitania y de Borgoña, así como los condes de Flandes, de Tolosa y de Champaña; a estos seis pares legos se les añadían seis eclesiásticos que eran los arzobispos de Reims y de Sens y los obispos de Noyon, Beauvais, Chalons y Langres. Esos eran los doce pares de Francia de que tanto hablaron los libros de caballería.

Cuando un par de Francia era emplazado ante el resto de ellos el rey presidía el juicio, pero todas las leyes, convenios y costumbres se referían solamente a la nobleza, ya que el resto del pueblo no contaba para nada.

El arte militar también sufrió un cambio, pues desde entonces la caballería fue la parte principal de los ejércitos y estaba formada por la nobleza, que únicamente se dedicaba a ejercicios físicos, la equitación y el manejo de la lanza y de la espada. En ese primer periodo del sistema feudal surgió la orden de la caballería, que tendía a impulsar el respeto a las mujeres, y dio origen a las lenguas modernas y a la poesía.

Pronto comprendió el clero que la autoridad se encontraba en las manos de los poseedores de feudos, por lo cual el clero mismo debía formar parte de la organización. Por consiguiente, rindieron homenaje por los territorios de las iglesias y después los dividieron en feudos, obteniendo así suzeranos y vasallos. Como la obligación del servicio militar era inseparable de la posesión de los feudos, el clero quedó también sujeto a él y tomaba las armas al llamamiento de sus suzeranos y obligaba a sus vasallos a combatir por ellos. En donde quiera que el clero no adoptó una vida marcial se vio obligado a colocarse bajo la protección de un noble, a quien le pagaba para que lo defendiera; naturalmente, con esa organización feudal los clérigos se separaban del objeto de su instituto, dejaron de socorrer y consolar a los oprimidos y muchos dignatarios de la Iglesia hicieron causa común con los opresores.

Una inmensa mayoría del pueblo vivía en una condición servil, los hombres libres casi habían desaparecido en la época de los carolingios y la clase de los ciudadanos o habitantes de las ciudades se había debilitado porque la importancia de las ciudades había disminuido. Al final del siglo V no existía prácticamente una clase media entre los nobles y los siervos que, unidos a la tierra que cultivaban, podían ser vendidos con ella sin poder abandonarla. Nada poseían por sí mismos, pues todo era del señor, y si en concepto de este eran culpables de alguna falta, no podían invocar ley alguna en su defensa, porque el señorial de justicia, de vida y muerte, era absoluto.

La condición de los hombres libres que sin tener feudos vivían en los dominios señoriales eran deplorables porque designados como villanos no podían casarse con quienes querían ni disponer de sus propiedades como lo estimaran conveniente; abrumados más y más por cargas intolerables se refugiaban a veces en las ciudades, pero no se beneficiaban mucho con ello porque los condes ejercían igual autoridad en ellas que los señores en los campos.

Al tiempo de la accesión de los capetos Francia, propiamente como tal, solo comprendía el territorio situado entre el Sena y el Loira, que estaba limitado por los condados de Flandes y Vermandois en el norte; Normandía y Bretaña en el oeste; Champaña en el este, y Aquitania en el sur. El territorio comprendido dentro de esos límites era el ducado de Francia, posesión patrimonial de los capetos, y constituyó el dominio real en su origen. Los grandes feudos de la corona, además del ducado de Francia, eran el ducado de Normandía, el de Borgoña, el condado de Flandes, el de Champaña, el ducado de Aquitania y el condado de Tolosa. Ya hemos visto que los señores de esos feudos eran los grandes vasallos de la corona, pares de Francia; Lorena y una parte de Flandes dependían de la corona de Alemania.

Hugo Capeto, así como sus primeros sucesores, se aliaron estrechamente con la Iglesia y tuvieron muchas dificultades para mantener en la obediencia a los nobles que habían llevado al trono esa dinastía. Hugo murió después de un reinado de nueve años y fue sucedido por su hijo Roberto, que fue coronado todavía en vida de Hugo.